

el sistema de la moda en España

de suela sintética y similares, tiene más de 12.000 obreros en su planta de Weinheim) o el diseño de los italianos, a pesar de la labor de penetración que se ha hecho a través de las ferias (FICIA) y las Cámaras de Comercio, en un mercado antes virgen.

La continua alza de precios ha traído como secuela, si bien a la zaga, un progresivo aumento de salarios. Mientras que las grandes empresas en gran parte lo han soportado, invirtiendo la plus valía en aumento continuo de producción —pocas veces de la productividad—, a las pequeñas empresas, en régimen de competencia internacional, les será difícil hacerlo mientras tengan que comprar cada vez más caro, los sueldos de los directivos sean desproporcionados y sus excedentes industriales pasen de moda.

La inyección de capital extranjero tampoco ha resuelto el problema de la diáspora industrial española, sino que más bien ha venido a agravarlo, al traer las firmas consigo unos lazos ya existentes en los países de origen e imposibles de destruir en nuestro país, que implican una rivalidad entre las empresas antagónicas (el caso de Fiat y Renault, por ejemplo). Estas inversiones se hacen, generalmente, en forma de patentes, aportación de fondos manteniendo las estructuras o pequeñas factorías para explotar el incipiente mercado de consumo español.

EN EL FURGON DE COLA

Ante esta situación, sólo parece existir, dentro del actual sistema, la solución que apuntó Servan-Schreiber al capitalismo y que si, como vemos, parece cada vez más patente en la oligarquía económica europea (2), más vale no meñallo con respecto a la española. Unas líneas de Pere Quart lo ilustran con irónica y patética realidad:

Oremus...

Resarem un parevostre
pels que van errats de comptes
i per llur conversió
a la sagrada àrea del dòlar.

En frase de M. Capdevila, «la problemática del neocapitalismo ha llegado a España, el neocapitalismo no», todo se hiliputiza, se convierte de grande a chico, de mayoritario en minoritario —excepción hecha de las patatas bravas y el pimiento morrongo— al enraizarse en nuestras tierras austeras, grises alcoces, comparado con nuestros amado-odiados primos transpirenaicos: los utilitarios Wimpy u Old Kentucky son el correlato de la coquetona cafetería donde pasar la tarde nuestros sufridos e ibéricos novios y así lucir la redingota o copiar apuntes de Mercantil, a

falta de casa propia. Una generación que depende del anterior, de aquella beca que legó doña Ursula al morir, de unas familias que cuentan con el salario de todos los miembros hasta que la muerte o el matrimonio (canónico) les separe.

Entre el pragmatismo anglosajón y los «heterodoxos españoles» hay un largo camino jalonado por enfermeras de casa bien que pagan 4.150 pesetas de matrícula para luego no ejercer, pólizas, partidas de nacimiento legalizadas y legitimadas, pasos de cebra. Las cosas se han desfuncionalizado, en especial la moda; es igualmente absurdo el maxiabrigo de piel en Argüelles a 18 grados como el suéter de Arran en Málaga en pleno verano mediterráneo de centollo y gota gorda. Sólo ciertos sectores son capaces de intuir que es bastante menos válido, estéticamente, el señor empaquetado, acicalado, perfumado, empañuelado y arribaespañolado, víctima propiciatoria en «Hair», que el digno vecino de Valdaracete, adelantado en la revolución de los felpudos ricarditos (dejamos al margen y al juicio subjetivo las sutiles delicias de una belleza de violeta marchita y otomanes).

Todo, hasta las ideas —y especialmente éstas—, se consume en esta España que canta a Fonseca y lee a Della Volpe, que coge los trenes por el furgón de cola; la España eterna de las yemas de Santa Clara y el erotismo a lo Lazaga, de niña de las monjas que hacia las constantes estructuras babero de rayadillo. Quizá al paso se hizo grande y se ha acortado el que rigen la dinámica del debe y el haber le haya faltado algo que haga digerible la dialéctica del tentetieso.

Yo, mientras tanto, me balanceo en mi curva mecedora de rejilla en un ameno jardín de caléndulas, Cultura española, cultura de la mecedora, radiogramola. Me vienen a la memoria unos versos de Gil de Biedma...

O, si sencillamente aislado en
[un océano,
se limita a esperar que la tor-
[menta pase
y llegue el día en que, por fin,
las cosas dejen de venir mal
[dadas.

Entre tanto, nosotros, volvamos al nostálgico pasado, encerrémonos en la cripta, entonemos cánticos en el silencio encantado del mágico templete recoleto, observando complacidos cómo engullen nuestras voces canchillos grotescos con cabeza de águila antigua y pechos de mujer. Canto de cisne, que sólo quebrará el rugido osco del bulldozer, el áspero eructo de la sirena, el grito de ira de un Labrador de ladrillo.

(2) Vid. Jacques Germain: «Proceso al capitalismo», Seix-Barral 1963.



«EL HOMBRE DESNUDO»

WASHINGTON.—Dentro de poco hará su aparición en el mercado un libro que causará sensación en las esferas científicas. Se titula «El hombre desnudo», y fue escrito por Federico III, el chimpancé adjunto a la Institución Rockefeller. Federico III estuvo involucrado en unos experimentos con enzimas en la Institución que sólo le ocuparon unas cuantas horas al día. Como se mostraba inquieto, los directores le dieron una maquina de escribir para que jugara con ella. Pueden ustedes imaginarse su sorpresa cuando en vez de trastearla Federico escribió un libro.

El libro de Federico —y este es el golpe— sostiene que todos los chimpancés, monos y primates son productos evolucionarios del hombre. Dice que el hombre fue el primer primate antes de que existieran monos de cualquier especie.

Federico no está seguro de cuándo hizo su aparición el hombre en la Tierra, aunque sospecha que fue hace por lo menos treinta millones de años. Según fue pasando el tiempo, y según el hombre fue pasando por muchas fases, comenzó a desarrollar muchas cualidades de simio, hasta nuestros días, en que es fácil a los primates identificarse con los hombres y darse cuenta de lo mucho que tienen en común.

Muchos primates y chimpancés se horrorizan de pensar que se parecen al hombre en ciertos sentidos, y un chimpancé, llamado «Copa de Arbol», que está con el Instituto Nacional de Salud Mental, ha escrito una memoria denunciando la tesis de Federico. «Copa de Arbol» sostiene que, aunque en algunos aspectos el hombre se está pareciendo cada vez más a los primates, los primates no pueden, posiblemente, haber evolucionado del hombre. Ha criticado las investigaciones de Federico sobre la base de que, con excepción de unos cuantos hombres con los cuales ha tenido contacto en la Institución Rockefeller, los únicos otros hombres que ha observado son unos cuantos niños que puede ver en el parque desde detrás de las rejas de su jaula.

Federico dice en su libro que las semejanzas entre primates y hombres son mayores de lo que se podría pensar. El hombre se comporta hoy como se comportaban los primates antes de que fueran civilizados. El hombre pone énfasis considerable en territorios y parece estar dispuesto a matar para proteger su tierra. Como orden inferior de primates, el hombre es incapaz de hacer frente a una situación sin dar alaridos y sin gritar. Federico cita ejemplos en que el hombre ha sido situado en grandes edificios de apartamentos durante largos periodos de tiempo y han perdido el juicio.

«Copa de Arbol» sostiene que el comportamiento del hombre es más parecido al de las ratas que al de los primates, y que, aunque el hombre actúa irracionalmente en casi todas las situaciones y puede recurrir a medidas extremas cuando se ve en peligro, esto no quiere decir que el hombre pertenezca a la familia de los primates sólo por darse golpes de pecho y gruñir.

Federico cree que los primates han adoptado las características de primitiva personalidad del hombre. Habiendo estudiado al hombre dentro de condiciones de laboratorio, Federico ha descubierto que los hábitos de ingerencia de alimentos y la vida sexual del «homo sapiens» siguen un cuadro similar al seguido por los primates modernos. La supervivencia parece ser el principio básico en la jungla del hombre, y mientras los primates no recurren a violencias si no son provocados, el hombre no ha evolucionado aún hasta el punto de su desarrollo en que pueda decir por qué se comporta de la forma que lo hace.

«Copa de Arbol» no está de acuerdo. Sostiene que el hombre ha ido ya todo lo lejos que puede ir, y que no ha cambiado desde el día en que nació. El instinto de destrucción del hombre es tan fuerte que es una calumnia clasificarlo en algún sentido dentro de los primates.

La respuesta de Federico a esto es citar la destrucción del edificio Empire State por «King-Kong» como algo que también podría hacer el hombre.

«Copa de Arbol» dice que «King-Kong» fue la excepción de la regla, y que no es justo citar como ejemplo el comportamiento de un solo gorila.

De cualquier forma, cuando salga el libro se producirá una controversia interminable. De una parte estarán los primates, que detestan reconocer que han heredado características del hombre. De la otra estarán los monos, chimpancés y gorilas que admiten la posibilidad de que algunas de sus características evolucionaron del hombre, y que tratarán, en consecuencia, de enfrentar el problema con filosofía primática.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc. Agencia Zardoya.)